

limeña, otros artículos que ha publicado en el mismo diario sobre el ambiente veraniego de Viña del Mar y sobre la exposición artística del Casino. En el artículo que ahora nos ocupa, sin olvidar a nadie, destaca con preferencia los nombres de Marcos Bontá, Laureano Guevara, Eduardo Donoso, Carlos Isamitt, señora María Tupper de Aguirre, señoritas Inés Puyó y Ana Cortés, Jorge Madge, Pablo Vidor y otros. Ya he dicho que es amable el señor Raygada, pero no escapa a su fina observación una característica curiosa y sobre la cual nosotros, por un exceso de montparnassianismo, no habíamos reparado mayormente. Observa el señor Raygada, con razón evidente, que somos demasiado europeizantes y que no procuramos llevar a la tela los aspectos característicos de nuestro pueblo y sus costumbres y de nuestro paisaje. No podemos negar la justicia de esta observación que, de ningún modo, puede significar un reproche. Nos ha parecido que el arte debe ser por el arte y se puede advertir que, en general, a ese fin tiende entre nosotros todo artista, desde el que hace sus primeras armas, llevando a los salones figuras deformadas en perspectivas imposibles, hasta los artistas experimentados, cuyos esfuerzos se gastan en sutilezas cromáticas. No se puede sostener que el tema sea todo, ni siquiera lo principal que para eso sería mejor que las cosas quedasen en su actual orientación, pero sin duda hay algo de vital importancia en el motivo que sostiene la inspiración del artista. Por otra parte, el tema puede ser el vínculo de unión entre el arte y el público, ya que, razonablemente, no puede un artista darse a pensar que la perfección técnica y la sutileza de las

observaciones puedan ser factor impresionante para un público numéricamente considerable.

No tengamos pretensión de llegar a conclusiones sobre estas materias y reconozcamos al señor Raygada la parte de razón que le cabe, esforzándonos por no confundir el arte con el artificio, pero reconozcamos al mismo tiempo que un

artista como nuestro Julio Ortiz de Zárate tiene también la suya.

¿Quién puede pronunciarse entre «Las Matanzas de Icio» de Delacroix y un buen paisaje de Corot o de Cezanne? ¿Quién entre la Infanta María Teresa de Austria de Velázquez una Crucifixión de Rubens? —J. L.

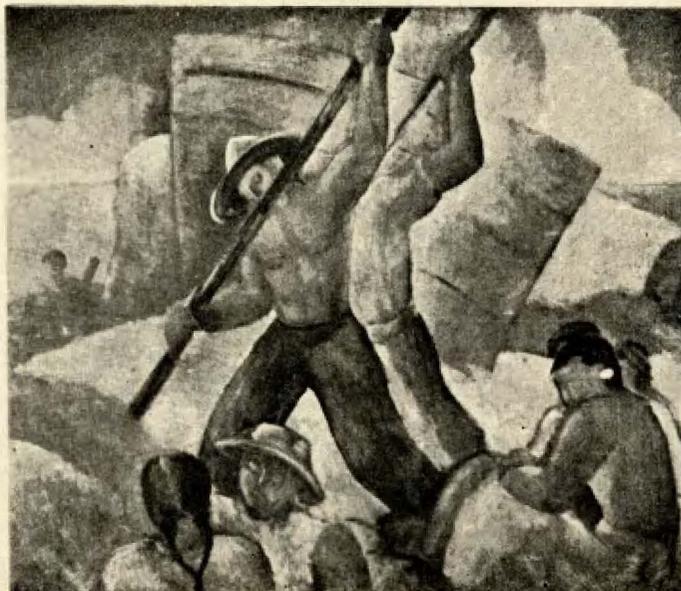
CRONICA CHILENA DE ARTES PLASTICAS

LAURA RODIG

«El joven, dice Goethe, cuando la naturaleza y el arte lo atraen se imagina, con la viveza de su deseo, de poder penetrar cuanto antes en lo íntimo del santuario. Llegado a hombre, después de largo peregrinar, advierte que se encuentra siempre en el vestíbulo». No he pensado en Goethe para sostener que Laura Rodig se encuentre todavía en la antesala del arte. Si alguien

me lo preguntase, no sabría yo decirme por la afirmativa ni por la negativa. Eso guarda, bien mirado, relación con la exigencia del observador. Si es Goethe quien exige, cuesta comparecer ante ese Júpiter con una ofrenda digna de su altar, porque el vate máximo de la Alemania era además de un poderoso ingenio, un artífice maravilloso.

Pero me alejo aquí de la obra pictórica de Laura Rodig, que un conocimiento más aparente que



Oleo de
Laura Rodig



Oleo, Hilda Berthing. Curso, Pablo Burchard
Esc. Bellas Artes

real me obliga a juzgar. No deseo usar de la coquetería de una falsa modestia. Es que ciertos temperamentos de artistas pueden, con su complejidad, echar a rodar algunos principios que sirven de sostén a nuestros juicios. Una crítica no puede consistir en declarar buena o mala una obra de artista. No consiste tampoco en exponer impresiones personales, sino más bien en señalar al público las virtualidades y la manera de ser propia de cada artista. Me ocurre a mí, no obstante, acogerme a la memoria de Anatole France, que juzgaba tan difícil el salirse de la prisión del yo, Y me ocurre así, primero por natural deficiencia de mis juicios y en seguida, porque los juzgadores en definitiva me parecen asombrosos pedantes por

sabios y doctores que sean. Los juicios en materia de arte no pueden ser sino condicionales y relativos a las inclinaciones de quien critica y a sus puntos de vista personales.

Dos condiciones me parecen esenciales en la pintura de Laura Rodig: la inteligencia de su arte y el espíritu ensayista que se manifiesta en tres formas diversas en su exposición de la Sala del Banco de Chile. La una acentuadamente académica, está representada por la serie de las «Mujeres junto al mar»; otra es ese aspecto costumbrista que se observa en sus figuras mexicanas y la tercera es el paisaje.

Cuando me refiero a su manera que llamo académica no es para desdeñarla. La academia no me inspira a mí esa antipatía ni ese terror que produce a menudo a las personas libertarias y puestas al día con que tropiezo con frecuencia. Yo diría muchísimo al respecto si ésta fuese la ocasión y me lo permitiese el espacio. Concretándome al academismo de la señorita Rodig, tendencia de la que parece alejarse, yo me atrevo a pensar que es para ella el mejor sostén y la mejor garantía para su desenvolvimiento, porque para quien buscó alguna vez la disciplina es posible volver a encontrarla. La experimentación es el volumen por el mismo, la parquedad de la línea reducida a la horizontal y a la vertical y el colorido llevado a los recursos elementales del fresco han dejado en los recursos plásticos de Laura Rodig un rastro que perdura y que apenas se echa de menos en casi todos sus paisajes. Son éstos, tal vez, esparcimientos necesarios a esa labor más ruda de la composición. El otro

Oleo, Antonio P
Curso, Jorge Caballero. Esc. Bellas



aspecto es el que la señorita Rodig llama «Motivos». Estos «Motivos» constituyen una amena galería de siluetas populares de México. Siluetas, digo, por que la artista que ha querido confundir bajo un bermellón muy uniforme los rasgos individuales, acaso porque haya pensado, con razón suficiente, que las razas primitivas no presentan esos tipos humanos tan diferenciados que se advierten en las viejas razas y en las antiguas familias. En cambio el movimiento, una suerte de agilidad y de donairoso viveza están sentidos y acusados con seguridad. Aparte de esos méritos que dan sentido humano a la pintura de Laura Rodig, otros, como la calidad de la materia en algunos y el colorido en muchos, le prestan un deleite que escapa a las definiciones. Es este el campo vedado a los sabihondos que aplican a la sensibilidad del pintor una medida y un raciocinio que no le convienen. No puedo apartarme de la idea de que se tiene, o no se tiene, una sensibilidad para la pintura y de que es bien inútil el empeño de hacerle una a quien carece de ella. El «no comprendo» de algunas personas, que suele ser una cortesía en situaciones difíciles, y el afán con que los comprendedores se obstinan en analizar las determinantes de la belleza se me confunden en una ceguera común. Ciertas pinturas, las naturalezas muertas de Chardín, por ejemplo, que tan poco se prestan a glosas y a explicaciones son, no obstante, poco abordables para quien careciese de esa especialísima facultad de sentir.



Oleo, María Baradocoy
Curso Jorge Caballero, Esc. Bellas Artes

Oleo, Hil...



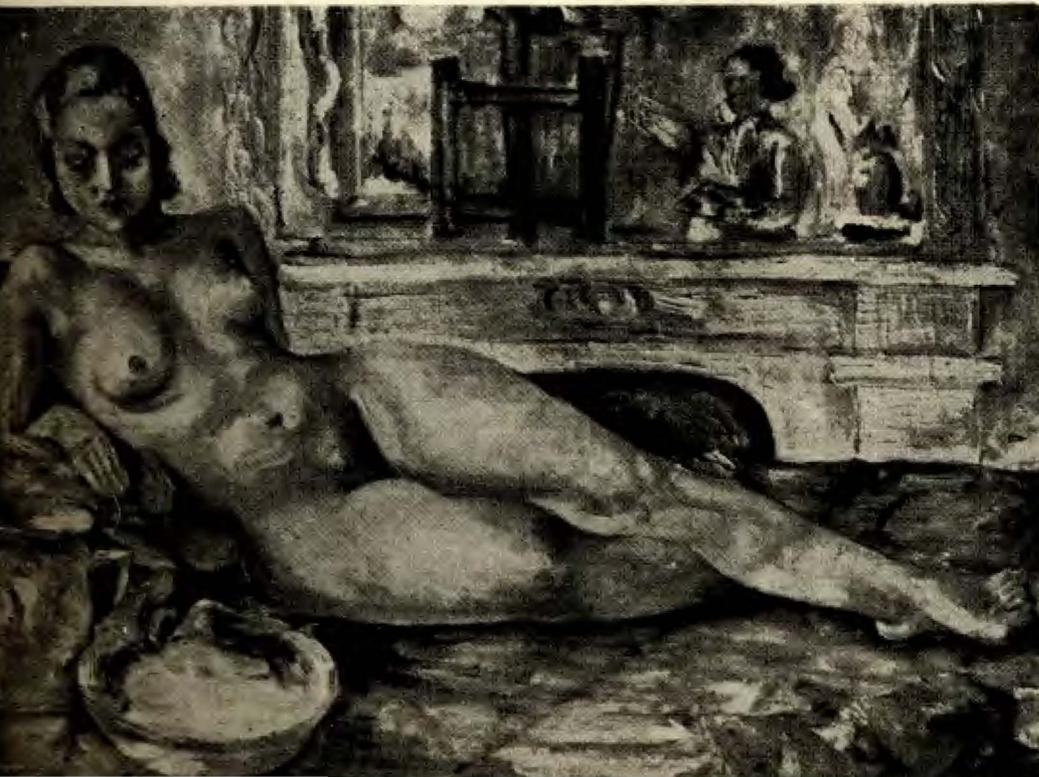
Creo haber indicado... de la señorita Rodig, con... ficientes para no mante... vas con que di comienz... neas. Las exigencias, s... no tienen siempre orig... tasía o en el capricho... dor; muchas veces, y en... muy particularmente... calidad misma de los... tista. La señorita Rod... temperamento tan rico... tiva tan natural y fácil... searía vería abordar co... bición los problemas ar... detenerse en algunas o... sen a su producción u... más perfeccionada y... naturaleza con ella... ¿por qué no intentar... paso más definitivo?—

aspecto es el que la señorita Rodig llama «Motivos». Estos «Motivos» constituyen una amena galería de siluetas populares de México. Siluetas, digo, por que la artista que ha querido confundir bajo un bermellón muy uniforme los rasgos individuales, acaso porque haya pensado, con razón suficiente, que las razas primitivas no presentan esos tipos humanos tan diferenciados que se advierten en las viejas razas y en las antiguas familias. En cambio el movimiento, una suerte de agilidad y de donairosa viveza están sentidos y acusados con seguridad. Aparte de esos méritos que dan sentido humano a la pintura de Laura Rodig, otros, como la calidad de la materia en algunos y el colorido en muchos, le prestan un deleite que escapa a las definiciones. Es este el campo vedado a los sabihondos que aplican a la sensibilidad del pintor una medida y un raciocinio que no le convienen. No puedo apartarme de la idea de que se tiene, o no se tiene, una sensibilidad para la pintura y de que es bien inútil el empeño de hacerle una a quien carece de ella. El «no comprendo» de algunas personas, que suele ser una cortesía en situaciones difíciles, y el afán con que los comprendedores se obstinan en analizar las determinantes de la belleza se me confunden en una ceguera común. Ciertas pinturas, las naturalezas muertas de Chardín, por ejemplo, que tan poco se prestan a glosas y a explicaciones son, no obstante, poco abordables para quien careciese de esa especialísima facultad de sentir.



Oleo, Hilda Neveu. Cursó Jorge Caballero, Esc. Bellas Artes

María Baradocey
Jorge Caballero, Esc. Bellas Artes



Creo haber indicado en el talento de la señorita Rodig, condiciones suficientes para no mantener las reservas con que di comienzo a estas líneas. Las exigencias, sin embargo, no tienen siempre origen en la fantasía o en el capricho del observador; muchas veces, y en esta ocasión muy particularmente, nacen de la calidad misma de los dones del artista. La señorita Rodig posee un temperamento tan rico, una inventiva tan natural y fácil, que uno desearía verla abordar con mayor ambición los problemas artísticos, verla detenerse en algunas obras que diesen a su producción una tonalidad más perfeccionada y durable. La naturaleza con ella fué pródiga; ¿por qué no intentar entonces un paso más definitivo?— J. L.



Fresco. Rocco Matiansic. Curso Laureano Guevara
Escuela Bellas Artes

EXPOSICIÓN DE TRABAJOS DE LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA DE BELLAS ARTES

La Escuela de Bellas Artes organizó a principios del año escolar en curso, una exhibición de trabajos realizados por los alumnos durante el año pasado. Es esta la primera exposición de este género que realiza el establecimiento después de la que llevó a efecto hace tres años con motivo de la «Conferencia Interamericana de Educación», y se diferenció de aquélla por un carácter más de acuerdo con el tipo corriente de exposiciones; menos preocupación de exhibir los méto-

dos, menos carácter pedagógico que el que debió predominar en aquella ocasión.

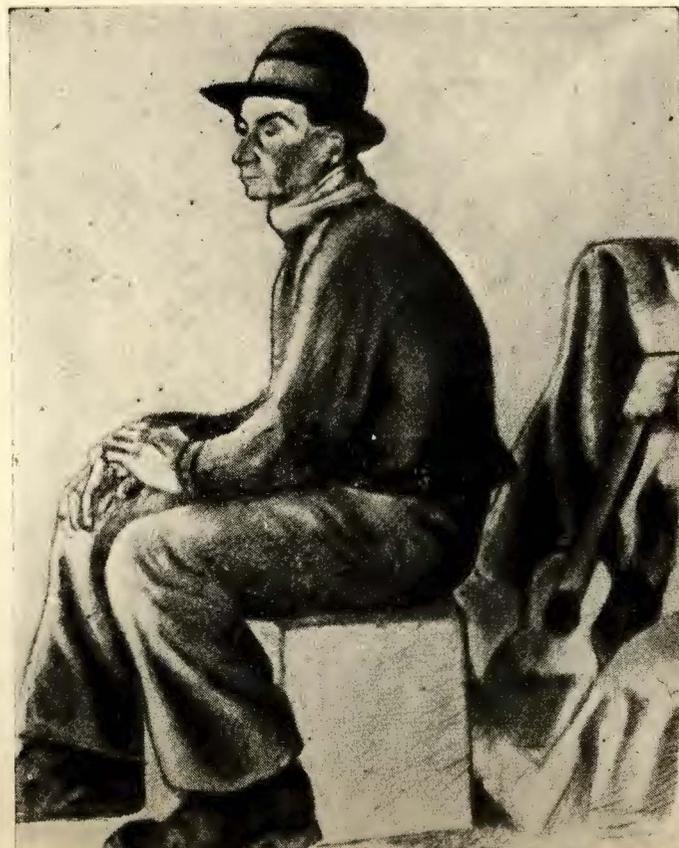
Este hecho constituye una gran responsabilidad de parte de los exponentes ya que, tanto el crítico como el visitante pueden perder de vista que se trata de obras escolares y juzgarla con la misma exigencia que se aprecia una exposición oficial.

Salvaron este escollo, bastante peligroso en la pintura, las obras de Pedraza, Aliaga e Hilda Neveu, alumnos con estudios muy avanzados que son más bien exponentes del resultado de la enseñanza. Los tres son ya expositores del Salón Oficial y han obtenido en él recompensas, representaban los cursos de don Pablo Bourchard, el de don Augusto Eguiluz y el de don Jorge Caballero.

En la escultura sucedía otro tanto con las obras de Hansy Muller y Lily Garafulic, de los cursos de don Julio A. Vásquez y Lorenzo Domínguez respectivamente, como los anteriores, artistas ya formados y de reconocidas condiciones naturales.

Mereció especial atención el grupo de pinturas de fresco de los alumnos de don Laureano Guevara, profesor

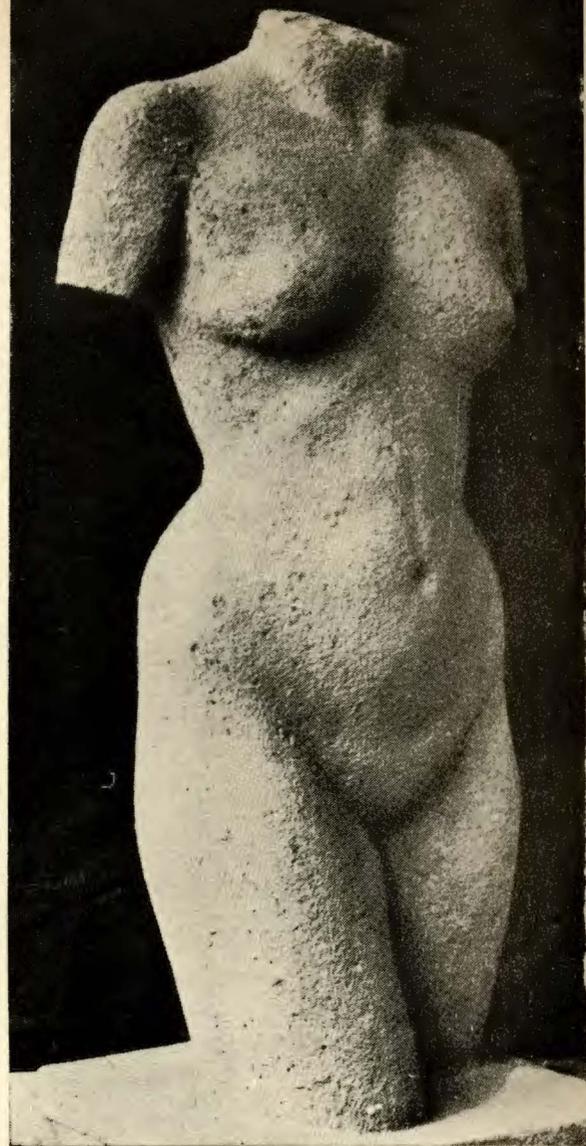
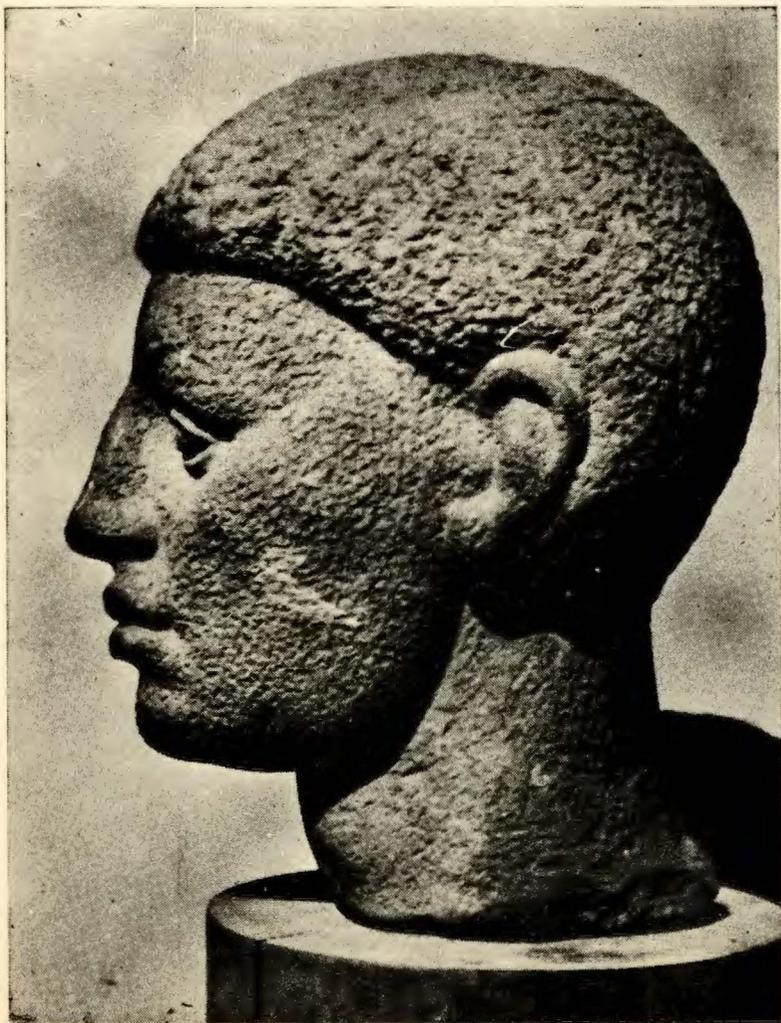
Javier Espejo
Curso Eguiluz, Esc. Bellas Artes



que tiene a su cargo la cátedra de Pintura Mural de la Escuela. Esta rama de la enseñanza del arte pictórico, que posee una fisonomía tan especial, fuera de ofrecer un amplio campo a los estudiantes de arte por sus múltiples posibilidades de aplicación, constituye también un género de experimentaciones saludables en materia plástica, debido a la necesaria sumisión del artista a las disciplinas estéticas de la composición monumental y al empleo de materiales no siempre dóciles a la intención expresiva.

La Sociedad de Amigos del Arte ofreció un premio en materiales de pintura para los alumnos distinguidos; este fué dividido entre los alumnos Pedraza y Aliaga, cuyos méritos artísticos hemos mencionado. Este simpático estímulo, tan de acuerdo con los fines de la Asociación, constituye un ejemplo que debía ser imitado por otras instituciones.—R. D. D.

Lily Garafalic
Curso Lorenzo Domínguez, Esc. Bellas Artes



Escultura, Luis A. Carvajal
Esc. Bellas Artes

EL CERTAMEN MARCIAL MARTINEZ

Este certamen, uno de los más importantes en Santiago, se celebró este año en especiales condiciones de calidad. Premió el jurado a obras de la señorita Ana Cortés y de los señores Roberto Humeres y Román Rojas.

No parece que sea el momento de hacer nuevos comentarios, sobre obras que, en su mayor parte, se han exhibido en otras exposiciones y que han sido recompensadas.—J. L.



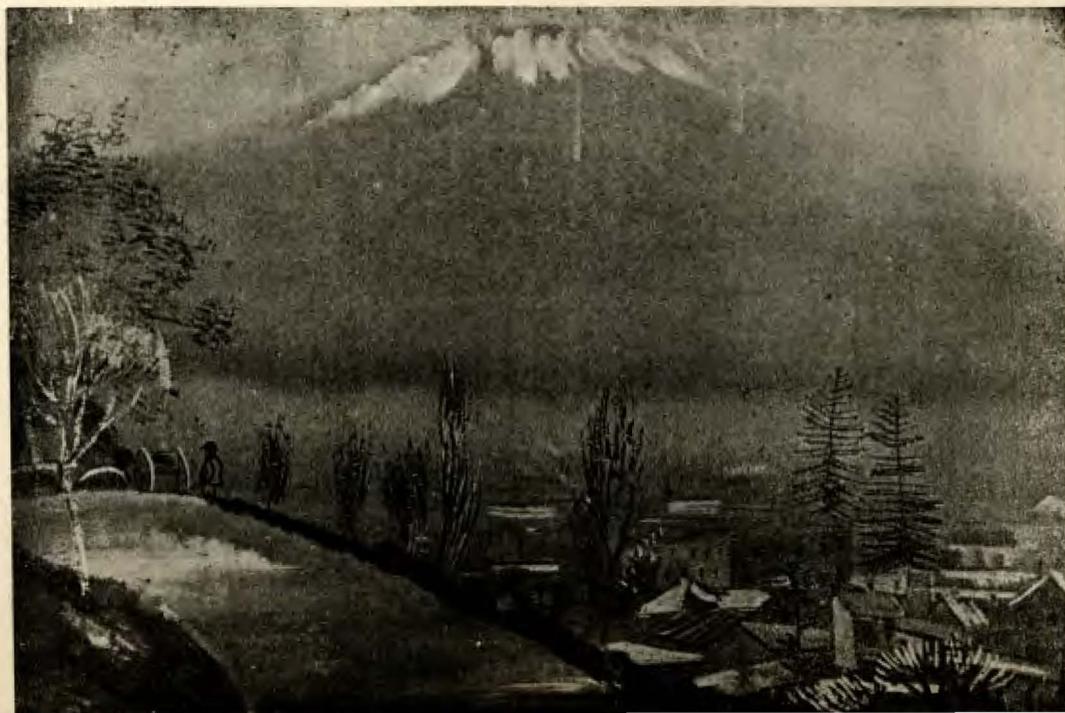
Oleo, Ana Cortés
Premio Certamen, Marcial Martínez

EXPOSICIÓN EDMUNDO CAMPOS

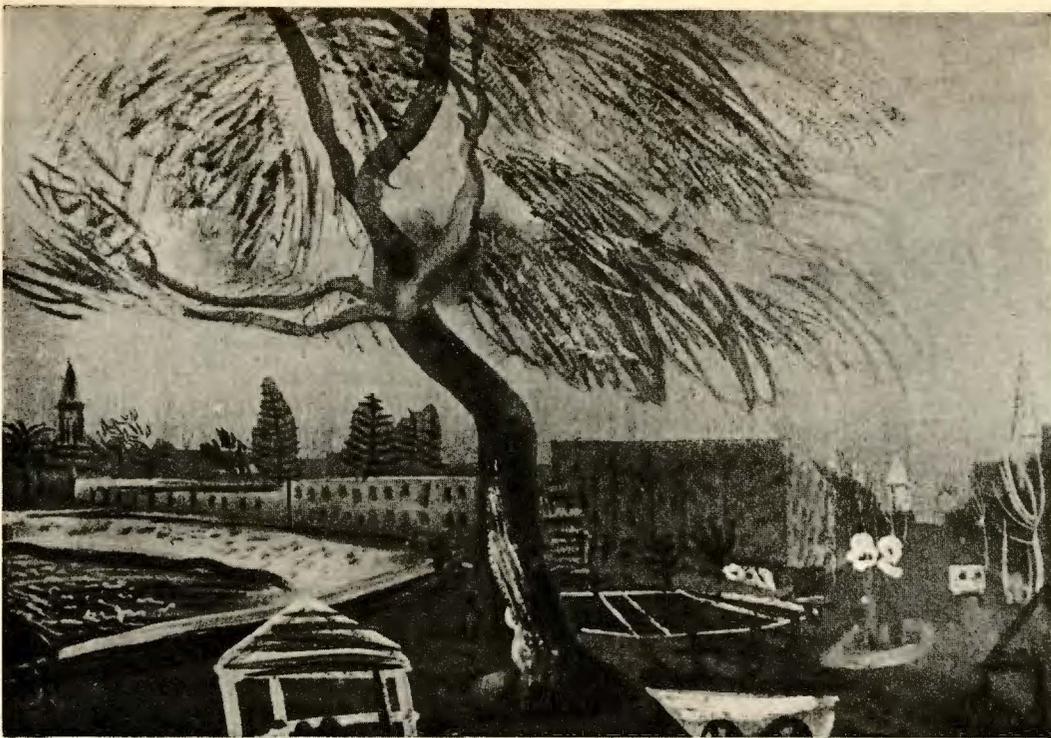
Recientemente regresado de su permanencia en España exhibe el señor Campos las adquisiciones conseguidas. Es indiscutible que ha progresado en todo sentido y especialmente en el de la forma. Su estilo es uno de esos modernísimos internacionales que caen un poquillo en lo *standard*. No importa, tiempo tendrá el señor Campos para entregarse, con el bagaje de sus conocimientos, a creaciones que resultarán más propias de nuestro suelo y más personales.

HORIZON

Es el nombre de la nueva Sala de Arte que en los primeros días de julio inauguró Mr. Georges Sauré, en Huérfanos 707. Tentativa que tiene por padrinos el nombre pres-



Gouaches.
Boris
Grigoriev.
Paisaje
de
Chile



Gouaches de
Boris Grigoriev

tigioso y la amabilidad de Mr. y de madame Sauré, es una aspiración a perdurar. Así lo deseamos con vehemencia, por más que en razón directa de nuestro deseo aumenta nuestro temor de verla morir. Hará medio año que la sala Montparnasse abrió sus puertas para extinguirse agostada por el calor de un estío que no fué particularmente riguroso. Sus empresarios, sin embargo, parecían llevar, como Mercurio, alitas en los pies. «Horizon» nos da la impresión de un dinamismo más contenido... «Chi va piano va lontano», enseña un refrán conocido.

La sala es pequeña, pero ofrece el atractivo de las cosas hospita-

larias y tiene de su parte la ventaja de la luz natural. Hay pintores que prefieren vender sus cuadros a la luz del día a hacerlo durante la no-

che. ¡Cuestión de gustos! Yo confieso que me acomodo fácilmente a cualquiera de esas circunstancias.

Hasta el momento todo marcha

Escultura de
Román,
Premio del
«Certamen
Marcial
Martínez»



Sala
Horizon



Interior
Oleo por Emilio Aldunate

bien para la sala «Horizon». Fué inaugurada con una exposición colectiva que alcanzó éxito; en la segunda semana la ocupó una muestra de gonaches del maestro Boris Grigoriev. No puedo ocuparme largamente—tanto mejor para quien lee—de esta bella colección. No hace falta, por lo demás, Grigoriev es un maestro en el género, la materia es bella y la inventiva del artista permanece despierta.

El Dr. Emilio Aldunate Ph. también a *l'Horizon* nos ofrece algo inesperado. Yo desconfío un poco—miserias del oficio, quién sabe—de los pintores aficionados. Los hay



«Casertio»
Oleo
por
Emilio
Aldunate

bárbaros; pero existen igualmente entre los otros, entre los que sacamos del arte un pasar suave o riguroso. En Chile hacer estas diferencias es ir un poco lejos. Parece más bien que aficionados somos todos, salvo unos poquísimos, que vivir de la medicina, del comercio, de clases o de funciones burocráticas es, a la postre, la misma cosa.

Se ha oído hablar ¿no es cierto? de médicos que pintan pero, encontrar uno que pinta, bien como un artista, con inspiración verdadera, con sensibilidad, con soltura como lo hace el Dr. Aldunate es, confesémoslo, sorprendente. De sus cuadros yo citaré el N.º 14, el 20, el 21 y el 8. Casi todo lo que ha hecho durante su viaje o después

de su viaje. No me gustan los otros, los del cuchillo—dijo de la espátula—los que carecen de construcción, de línea, de colorido y que no son sino factura, en fin, los que el artista-médico ha pintado antes de su jira por el Viejo Mundo. No comprendo por qué los ha exhibido. Tal vez para demostrar que en Chile se aprenden cosas de maravilla.

ROBERTO HUMERES

Hablar del arte de Roberto Humeres y del artista mismo es hablar de algo que por esencia es amable y claro, es hablar también de un saber artístico formado, que el refinamiento consiguiente y una



«Calle
de
Brujas»
Oleo
por
Emilio
Aldunate

suerte de aristocracia intelectual saben disimular en obsequio a una gentil cortesanía. Yo le encuentro comparable a esos espíritus de selección, a los cuales la claridad intelectual y la agudeza del juicio crítico están continuamente en vías de morigerar y corregir. Eso es, sin duda, provechoso y puede ser eficiente para conquistar el sufragio de unos pocos, pero con más vulgaridad y más audacia, con más gestos y la voz más gruesa se puede fácilmente parecer más genial y ganar por esos caminos, mayor número de adeptos.

No habría razón para negar aquí el aporte que algunas ideas y algunas preocupaciones de la llamada Escuela de París han traído a la formación artística de Roberto Humeres, Renoir, Laprade, acaso, Bannard y otros pintores salidos del impulso fecundo del impresionismo. Maestros todos de aquello que el mundo conoce por el buen sentido y la gracia francesa, no poseen la fiebre mística que atormentó a los Morales, a los Valdés Leal y a los



Dibujo de Roberto Humeres

imagineros españoles; ni la altivez exuberante y radiosa del concepto italiano; ni los arrestos metafísicos, ni el exaltado expresionismo de los hombres del norte. Dulce es allí, en la tierra de Francia, la vida de los humanos, quizás si por la clemencia del cielo, que no nos deslumbra en verano, ni nos arrastra

en invierno a triste pesimismo, quizás si porque el hombre civilizado desde siglos ha sabido pulir y humanizar el paisaje y las costumbres.

Roberto Humeres trae hasta nosotros una chispa de ese hogar, que nos abriga sin abrasarnos, en la armonía de su colorido y en su comprensión del dibujo. Pintor de figuras y de paisajes es siempre un buscador de acordes suaves y hermosos. Sus dibujos son decorativos y espontáneos, pero sin entender aquí por espontaneidad las bravuconadas de matamoros a que tan fácilmente se aficiona el temperamento nacional.

EN EL MUSEO NACIONAL

El escultor italiano don Antonio Corsi ha tenido la gentileza, antes de partir a su país, de obsequiar al Museo de Bellas Artes una de sus más hermosas producciones. Es un cervatillo en bronce, obra llena de vida y de movimiento.

También dos esculturas de don Nicanor Plaza, amoldadas en yeso,

Dibujo de Roberto Humeres

